

gloria dudosa de haber pronunciado un discurso de dos horas mortales sobre la langosta de la Mancha, que no escucharon más que los taquígrafos y unos cuantos babiecas inexpertos de las tribunas; al trabajo imponderable y continuo de atormentar subsecretarios y directores, recomendándoles las querellas de todo linaje de pretendientes desvalidos, con el único fin de acreditar sus influencias; al oneroso vicio de solemnizar con un te á «sus amigos políticos» cada discurso del Presidente del Consejo, ó cada batalla ganada por el Ministerio á las revoltosas oposiciones; á no tener hora ni punto de sosiego, por estar pendiente de sus deberes de padre de la patria y creerse obligado á tomar por lo serio y á sentir en su ministerial epidermis cuantas cuchufetas y alegatos contra la situación leyera en la prensa opositorista, y la leía de cabo á rabo, y á algunas cosas más por el estilo; cotejándolo todo, repito, con lo que le había costado, en desaires, en paciencia... y en banquetes, la ganancia no resultaba del todo apetecible para un ambicioso de los más usuales. Pero, al fin y al cabo, gozaba de veras el pobre hombre, era dichoso por completo; y tan absorto le traían las preocupaciones del oficio y los deberes y solaces de su vida doméstica y social, que hasta había perdido enteramente aquel su hidalgo aborrecimiento á las deudas y á la usura, y ni siquiera reparaba cómo este mal demonio de los ricos desatentados le iba hincando las uñas en lo más vivo, en lo más hondo, en el mismo corazón de la «olla grande.»

## VIII.

En este método de vida, y sin pensar en abandonarle, porque no conocía otro más divertido, cumplió Verónica los veintidós años. Decían los cronistas de salones por escrito, y de palabra el enjambre de aduladores que cenaban en su casa y la perseguían en las ajenas, que era, por entonces, el dechado de todas las perfecciones escultóricas, y el conjunto de todos los donaires del ingenio. Sin ser la cosa para tanta ponderación, es innegable que la madre naturaleza no la había escaseado los dones que más seducen y alucinan á los hombres de escogidos gustos, y más provocan las rivalidades y antipatías entre las mujeres que carecen de ellos, ó no los poseen en tan alto grado. De ambos efectos tuvo copiosas pruebas.

Pero la tachaban, con pesadumbre los unos y con visible delectación las otras, de descorazonada y mordaz; y creo que tampoco estaban en lo justo los hombres ni las mujeres que tal afirmaban. No le faltaba corazón en el sentido en que lo entendían aquellas gentes. Lo que ocurría, á mi en-

tender, era que hasta entonces no había hallado cosa de su gusto en qué emplearle, ni sentido sería tentación ni punzante deseo de trocar la divertida y risueña libertad que gozaba, por la relativa opresión de la cadena de flores, pero al fin cadena, con que se estimulan ciertas concupiscencias femeniles al cambiar de estado en aquella edad y en la esfera social en que ella vivía. Tan atestados tenía los oídos de lisonjas, tan repetido llegó á ser el tema *amoroso* con que la asediaron galanes de todas las imaginables cataduras, que ya consideraba el caso como una rutina obligada en los usos de la buena sociedad; le sonaban aquellos arrullos como un ruido más de los ruidos del mundo, y pasaban con éstos sobre ella como el aire sobre las rocas.

No es esto decir que todo le fuera lo mismo y que no hubiera en el ancho círculo de sus relaciones sociales algo en qué detener la imaginación y con qué apacentar los deseos, ni, por tanto, me atrevo á afirmar que no hubiera sido otra su conducta bajo el imperio de otras leyes de moral enteramente distintas de las que rigen en las cultas sociedades europeas; pero aceptando el cargo *en derecho constituido*, como dicen los jurisconsultos, y pareciéndole, para juego, muy insubstancial el de los amoríos *á turno*, su cabeza, contra lo que se refiere de los ímpetus de la edad y de las rebeldías de la carne, se imponía sin gran esfuerzo á toda esa caterva de impulsos pasajeros, tan mal llamados, por falta de experiencia ó por sobra de malicia, «arranques del corazón.»

Dueña, pues, de sí misma y con sereno juicio; alegre por carácter, cortés por educación, y tomando á broma los galanteos y á diversión las flaquezas de los demás, no es extraño que en sus procedimientos, en su conducta, en su lenguaje, abundaran más las notas de color alegre, si vale el símil, que los tonos severos de las naturalezas profundamente sensibles y reflexivas. A esto se llamaba mordacidad, con bien poco fundamento, á mi juicio.

Lo que no tiene duda es que por entonces gozó de mucha celebridad en el «gran mundo» madrileño; ó, hablando más adecuadamente, estuvo *de moda* en él. Se atrevió á enmendar la plana á las reinantes, así en el vestir y aderezarse, como en el andar; formaron escuela sus atrevimientos, y hubo peinados, y abanicos, y hasta actitudes, con su nombre; ambicionábanse sus saludos y sonrisas en la calle y en los espectáculos, entre los hombres y los mocosos *distinguidos*, casi tanto como los del *Tato* ó los de la Alboni; rayáronle el afrancesado *Bevonic* con que desde su salida del colegio la habían confirmado sus amigas, por horror justificable al sainetesco nombre con que fué castigada en la pila, y la llamaron todos, en papeles y corrillos, para colmo de su gloria y sello de legítima calidad, *Nica Montálvez*.

En las grandes fiestas de su casa, ó en otras semejantes fuera de ella, era donde los donaires de su ingenio y la pimienta de su natural desenfado se derramaban en mayor abundancia y lucían en

todo su ponderado alcance. Estaba allí como el pájaro en la selva; cantaba donde, cuando y lo mejor que le parecía, porque la misma multitud le servía de escondite, y su obligada agitación disculpaba sus incesantes vuelos de rama en rama; y como los hombres tontos son los ecos de estas *solledades*, siempre había flotando sobre los rumores del concurso alguna melodía de sus cánticos, llevada de boca en boca, con la mejor intención del mundo, pero con el afán y la rapidez con que se propagan de ordinario todos los falsos testimonios. Parecía cosa convenida que todos sus actos habían de ser originales y todas sus palabras agudezas.

Otra bien distinta era su conducta en la intimidad de las tertulias de su casa. Y sin embargo, estaba allí más á gusto y en su elemento, que en todas partes, con ser el círculo tan estrecho y tan limitados los pasatiempos. Porque, contra lo que publicaba la fama, y aun contra mucho de lo que ella misma juzgaba de su propio carácter, había en el fondo de éste, cuando se trataba de recrear un poco el espíritu, cierta oculta preferencia por el examen íntimo de las cosas, entre éste y el conocimiento de ellas por medio de las impresiones súbitas, como si la cautivara más el detalle que el conjunto.

De todas maneras, llegó á haber motivos muy considerables para que, aun sin contar con aquella su natural inclinación, consagrara más hondo interés á sus reuniones de confianza, que á las ruidosas solemnidades del «gran mundo.»

Componíanse aquéllas, como ya se ha dicho, de un poco de todo lo de éstas, y no era en conjunto tan escaso que no diera para satisfacer los gustos y las aficiones de los tertuliantes. Los había de una tenacidad de hierro para el tresillo, apegados á la mesa como la ostra al peñasco. Por lo común, eran gentes desabridas y regañonas; y en sus peleas contra las veleidades de la baraja, siempre llevaban la parte más cruda unas cuantas viejas aristócratas, como si el ochavo que allí disputaban encarnizadamente, alcanzara á tapar los descubiertos y trampas en que vivían, por culpa de sus despilfarros y disipaciones.

De estas *partidas*, que en ocasiones parecían de bandoleros, había varias, y estaban siempre á matar con la gente joven que hablaba recio y se movía mucho en las inmediaciones; la cual gente, capitaneada por la revoltosa Sagrario, más alborotaba en el salón, cuanto más fuerte protestaban contra el alboroto los tresillistas del gabinete. En otro frontero á él, donde la marquesa permanecía más de continuo, arrellanada en un sillón junto á la chimenea, se reunían los íntimos del marqués, desde luégo, y poco á poco los aburridos de las demás secciones, que acudían al calorillo de los debates que sustentaban los personajes de la política, y á la golosina del chiste, más ó menos culto, de algunas damas de *mucha correa*, y de otros tantos galanes de *buen sombra*.

Como *Nica* lo pudiera remediar, no salía de allí, y no por el chiste, precisamente, ni mucho menos

por los discursos políticos, sino porque había, en lo que pudiera llamarse núcleo de esta tertulia, algo que tenía su lado pintoresco y su lado interesante para una observadora como ella.

El primero que llegaba siempre á aquel lugar de preferencia, era el señor don Mauricio Ibáñez, hombre de *cierta edad*, de mucho pelo castaño y sin canas, anchas patillas y poca frente, mucha ceja, labios gruesos, largos dientes y muy blancos, nariz cuadrada y ojos de asombro continuo, buen color, poca estatura, elevado pecho, brazos largos y manos enormes con dedos descomunales. Era banquero muy rico, y parecía querer darlo á entender en su persona cargándola de oro y pedrería, de paños finísimos y de holandas impalpables; y además, caballero gran cruz de Carlos III, y capaz de pesar en oro al ministro que le diera el derecho de poner sobre el escudo de armas que ya usaba en sus tarjetas, siquiera la más modesta de las coronas nobiliarias. Tenía este prurito y el de hablar bien y formalmente de todas las cosas. Había sido dos ó tres veces diputado por un distrito de la provincia de Cáceres, de la cual era nativo él. Sin embargo, nunca pudo «romper á hablar» á su gusto, aunque había quedado bastante satisfecho de sus tentativas: dos preguntas breves al ministro de la Gobernación, sobre otros tantos expedientes detenidos en aquel centro, y una presentación á las Cortes de una exposición de varios ganaderos de su distrito, que solicitaban no sé qué franquicias ó privilegios para los exportadores de reses cebadas.

Llamaba él hablar á su gusto, ser afuente, verboso; «porque—decía—no es la palabra lo que á mí me falta, puesto que todas las que oigo en boca de los demás me suenan á conocidas, sino otra cosa en que no puedo dar de pronto. Que se me dice, á lo mejor, pongo por caso, que esto es blanco... y que tal y demás, y que á mí me parece negro; pues con decir esto solo, ya se me acabó la cuerda, y no hallo el modo de seguir por esa ruta, como siguen otros, diciendo que arriba y que abajo... y que tal y demás.»

Aun sin el ejemplo que él ponía, se echaba de ver bien pronto que lo que le faltaba al reluciente don Mauricio, eran ideas para construir y exornar sus malogrados discursos.

Para «romper á hablar,» se iba inflando poco á poco, como el pavo antes de hacer las gárgaras; y entonces, el hombre, que ya era «de por sí» corto de cuello, daba en el pecho con la barbilla y en las orejas con los hombros. Era tardo de palabra, y de voz áspera y recia; y mientras las emitía, muy acentuadas y con cierto repicoteo de pronunciación, se tiraba dulcemente de una patilla con los dedos de la mano del mismo lado, apiñados, tiesos y algo temblorosos, como si por allí buscara el chorro de verbosidad, que no salía por ninguna parte, y daba á sus ojos asombradizos una expresión tan rara, que podía dudarse si pedía con ellos misericordia ó reclamaba un aplauso.

La primera vez que habló en casa del marqués, fué tomando punto de no sé qué suceso parlamen-

tario de aquellos días, y se mostró muy indignado con «*los meeroodeadooores* del campo de la política, peste de los tiempos *aztuales...* y tal y demás.» Después se fué viendo que llamaba merodeador al lucero del alba, y que, sin el apoyo de la otra mulletilla, era hombre al suelo en cuanto «rompía á hablar.»

Sin embargo de todo lo cual, mareaba á los ministros de Hacienda, y se pintaba solo para sacar buena raja de los más duros de veta; á lo que se debía que el marqués le distinguiera con singularísima estimación, y hasta le admirara; porque es de saberse que el tal marqués, desde que era diputado á Cortes, se había dedicado con afán ansioso á los negocios lucrativos que «le saltaran al paso,» y en el señor de Ibáñez tenía un ojeador expertísimo, un consejero de gran competencia, y, en ocasiones, un socio desinteresado.—Lo peor era que los únicos negocios que le salían mal al banquero, eran los en que tomaba parte su amigo.

En las tertulias de éste, indefectiblemente llevaba la contraria en todas las peroraciones de don Mauricio, Gonzalo Quiroga, primogénito de los condes de Camposeco. Este mozo tenía un fronsispicio poco simpático, y además era gangoso. Se había educado en Inglaterra, y había viajado mucho por Europa con largas detenciones en París, en Baden-Baden, Monte Carlo y otros sitios no menos famosos de *recreo*. De todas estas excursiones y paradas había sacado copiosos frutos, como lo acreditaban sus vicios dominantes, sellado al-

guno de ellos en la cara con hondas cicatrices, y en el cráneo con una calva precoz. Su barba era lacia, y su cuello muy largo, con nuez y costurones; tenía boqueras, los párpados tiernos, y un hombro algo más elevado que el otro. Era alto y flaco, y pasaba por elegante, á pesar de todos sus defectos físicos. Lo cierto es que tenía gran desenvoltura y desparpajo para moverse dentro de los desairados arreos de sociedad, y para meter la cuchara en todos los corrillos. Aunque no era tonto, le faltaba mucho para tener un buen entendimiento; pero no conocía la vergüenza; y con esto y con el trato continuo de las gentes de su mundo, tenía lo suficiente para vivir en él como el pez en el agua. Era, en suma, un completo *perdido, de buen tono*.

Pues con esta alhaja estaba concertado el casamiento de Sagrario. Cálculos de familia, al decir de los bien enterados, desde que los novios eran así de tamañitos. Por lo visto, no tenían prisa para realizar el proyecto; y entre tanto, iban juntos á muchas partes, pero se trataban muy poco, por exceso de confianza entre ambos; así es que, más que novios en vísperas de casarse, parecían un matrimonio desavenido.

La razón de llevar siempre la contraria Gonzalo Quiroga á don Mauricio Ibáñez, no era otra que el gustazo de ver cómo se inflaba y contraía y trasudaba el banquero en cada contradicción, y cómo *meeroodeaba* inútilmente en el campo de su pobre retórica, para urdir una réplica con qué confundir

al importuno á quien ya temía de lumbre, ó para salir, siquiera, medio airoso del atolladero, delante de los contertulios, que habían dado en tomar aquellas *engarras* como la más divertida de las comedias.

Se había observado que en los apuros de más angustia, ó en los arranques de mayor empuje, don Mauricio buscaba con los ojos á Verónica, como las plantas sombrías se alargan hacia el sol que necesitan; y en topando con ella, parecía decirla en el primer caso: «¡Peero ve usted qué teema el de este chico!» Y en el segundo: «Me paarece que esta no tiene vuueelta. ¿No piensa usted lo miismo?»

A Gonzalo le hacía mucha gracia este resabio de su contrincante; y una noche, mientras se ahogaba el pobre hombre «*meerooddeando*» á obscuras en el huero caletre media docena de palabras al caso, acercóse el otro con gran sosiego á Verónica, y en el tono menos gangoso que pudo, la dijo al oído, con mucha formalidad:

—No te alarmes, chica; pero es indudable que ese sujeto tiene planes siniestros *contra* tí.

Precisamente en una de las pocas ocasiones en que la despreocupada joven no estaba atenta á los discursos del banquero, que la divertían sobremañera. Prefería, por el momento, la conversación de Pepe Guzmán, pájaro de mayor cuenta que su amigo Gonzalo. El tal Guzmán, aunque de segunda rama, era también vástago aristocrático: de la ilustre cepa de los Valdejones. Pasaba ya bastante de los treinta, era de hermosa y distinguida estampa,

independiente, libre como el aire, y rico. No abusaba, aparentemente, de ninguna de estas ventajas. Por el contrario, parecía hombre de muy racionales inclinaciones, y bien regido. Había estudiado media carrera de derecho, algo de medicina, otro tanto de mecánica, y hasta desflorado la teología y los sistemas filosóficos de Kant, de Krausse... y de Santo Tomás; se sabía de memoria á Maquiavelo, á Fr. Luis de Granada, á Shakspeare, á Fourier, á Santa Teresa y á Cervantes. En todo picaba y nada le satisfacía, fuera de las grandes obras de imaginación. Quizás con la espuela y el freno de la necesidad, hubiera brillado en algo de lo mucho que intentaba conocer por invencible curiosidad, pues talento y discreción tenía para ello; pero le faltaba paciencia porque le sobraban la libertad y el dinero, y de aquí sus veleidades y aquellas ensaladas científico-filosófico-literarias de que se atiborraba la cabeza. Viajaba á menudo y gastaba grandes sumas en objetos de arte. Los cuadros buenos le entusiasmaban, pero los bronceos de mérito le enloquecían. Tenía el buen gusto de no invertir un ochavo en libros viejos, ni en *vargueños* apolillados; prefería las obras contemporáneas, si eran buenas, y lo que es más raro, las leía y las saboreaba. Cosa más rara aún: en igualdad de méritos, estaba por las españolas antes que por las extranjeras, y no incurría jamás en la vulgaridad cursi de decir que no podían vivir en España los hombres cultos. Se referían de él grandes fañanas galantes, y podrían ser ciertas; pero no era su

boca quien lo confirmara, ni con un gesto. Finalmente, era hombre de alegre carácter, aunque poco hablador, pero muy al caso, particularmente con las mujeres. Tenía el don de entretenerlas sin apelar al lugar común de la lisonja, ni al formulario oficial del «joven travieso, distinguido y elegante.» Calificábanle por ello de indomesticable y de *frío* muchas damas; pero es lo cierto que hasta las más remilgadas se pagaban mucho de sus atenciones... Y no sigo con la lista de sus prendas de carácter, porque, á pesar de tomarlas una á una de los *Apuntes* que tengo á la vista, va á resultarme un mozo cortado por el sobado patrón del *mata-covazones* de comedia; y esto que aquí se narra, podrá ser malo, pero es la pura verdad.

Digo, pues, que este Pepe Guzmán entretenía aquella noche á Nica Montálvez cuando se acercó á ella su amigo Gonzalo Quiroga con la consabida embajada, y añadido, para decirlo pronto, puesto que ha de saberse más tarde ó más temprano, que el tal Guzmán era aquel *algo* que Verónica exceptuaba de los molestos arrullos amorosos que pasaban sobre ella, sin sentirlos, como el viento sobre las rocas; aquel *algo* en qué detener la imaginación y con qué apacentar los deseos, que existía en el ancho círculo de sus relaciones sociales.» Y es de saberse también que, á aquellas fechas, aún no se habían cruzado los primeros fuegos de la batalla entre la dama y el galán. Conocíanse mutuamente las intenciones de batallar, exploraba cada cual el terreno de su enemigo, y hasta le provocaba con

ingeniosas estratagemas, pero de aquí no pasaba; y, á mi entender, en el misterio de estas precauciones, en el problema de esta actitud recelosa, estribaba el mayor interés de los beligerantes. Ni ella ni él parecían tener prisa para resolver el punto dudoso. Podía ser el caso un pasatiempo; pero desde luego era un pasatiempo entretenidísimo, con la rara virtud de no gastarse con el uso.

Tal era el «lado interesante» que, «para una observadora como Verónica, había en las reuniones íntimas de su casa.» Del «lado pintoresco» era la principal figura el banquero don Mauricio, con todas sus cosas y con todas sus *malas* intenciones, en las cuales había leído ella mucho antes de que se las anunciara al oído el gangoso Gonzalo Quiroga. Por cierto que estas intenciones, ó «planes siniestros,» como decía el novio de Sagrario, la hacían suma gracia también...

Casi tanto como á Leticia, que no perdía ocasión de apuntarla, con la mirada ó con un gesto expresivo, cada memorial que el banquero la enviaba con los ojos en sus grandes apuros oratorios. De este celo por los *intereses* de don Mauricio, murmurábase bastante. Afirmábase que Leticia fomentaba las intenciones del banquero, y que se hallaba dispuesta á barrerle el camino de ellas de cuantos obstáculos estuvieran al alcance de su escoba... Hay que advertir aquí que Leticia, la hermosa, fría é impenetrable Leticia, llevaba ya un año de casada con el general Ponce de Lerma, conde de Peñas Pardas, hombre más que cincuen-

tón y feo, diputado sempiterno, conspirador incansable de pasillos y antesalas contra todos los ministros de la Guerra, con la santa intención, jamás lograda, de llegar él á serlo una vez siquiera; amigo desleal de todos los gobiernos; veterano de todas las cuarteladas de treinta años á aquella parte, para ganarse honradamente desde las charreteras de capitán, hasta los dos entorchados que tenía; agiotista insaciable; asociado detrás de la cortina, durante la guerra, á otros especuladores que daban tocino podrido á las tropas de Africa, procurándose así inverosímiles ganancias que fueron ancha y sólida base de su enorme caudal, adquirido después en idénticas y tan honradas especulaciones; y, por último, de valor y capacidad «supuestos,» porque jamás tuvo ocasión de acreditarlos en el campo de batalla, ni siquiera en los cuarteles; todo, incluso los ascensos, se lo fueron dando hecho y arregladito *los suyos* apenas salido él del escondite, en seguida de triunfar la cuartelada. Hasta el título nobiliario se ganó de parecido modo, cuando ya era general, por haber corrido en aquellos desfiladeros, siendo alférez... delante de una partida carlista, en la primera guerra civil.

Pues con este hombre se había casado Leticia, después de convencerse (en opinión de sus amigas) de que no había en el horno de sus especiales hechizos, fuego bastante para fundir el hielo de Pepe Guzmán, que la distinguió por algún tiempo con sus cultas y amenas «frialdades.»

Con estos dos hechos se explicaba la conducta

de Leticia con el banquero. Le quería para Verónica, con el piadoso fin de que no tuviera ésta marido más lucido que ella; y se miraba mucho en el capítulo de las zumbas á la interesada, porque, hasta la fecha, era el caso de la generala harto más *mordible* que el de su amiga.